Baldomera, hija menor de Mariano José de Larra

Rafael Castellano (texto y fotomontajes)

El 14 de febrero de 1837, a los veintiocho años, Mariano José de Larra se vuela los ilustres sesos ante el espejo de cornucopia de la casa de Santa Clara, 3 (esquina a Amnistía) que comparte en Madrid con Pepita Wetoret y la prole de ambos: Adela, Luis Mariano y Baldomera. Los dos primeros formarían parte de la alcurnia en la Villa y Corte. La benjamina, abandonada, se buscó la vida gracias a la codicia ajena. Sirve de explicación y paradigma de por qué han reventado Wall Street y países satélites.

En el vasto, intrincado piso de Luis Mariano de Larra y Wetoret, cuarenta años después de quedarse huérfano, repican una y otra vez los mismos acordes de piano. Luis Mariano es literato. De otra vena que su progenitor, escribe libretos para zarzuelas compuestas, entre otros, por Barbieri. Tira también hacia lo sainetesco y ha intentado el dramón tardorromántico; pero lo que le mantiene a él y a su familia es ponerle letra a armonías del género chico. Lo describe uno de sus títulos: “El barberillo de Lavapiés”. Vive más que dignamente de sus musas ramplonas y en aceptación de las elites retrecheras. Nunca será un maldito ejemplar.

Recostada en butacón, no lejos del chubesqui, avizorando por el mirador hacia la luz de gas, la Tía Antonia, como van a llamarla todos sus sobrinos y nietos, aún sufre el reuma de la chirona, aún se siente picada de chinches y respira los vahos de desinfectante del hospital penitenciario.